

UNIVERSIDAD TEOLOGICA DEL CARIBE

ENSAYO REFLEXIVO FINAL

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR RAMON MELENDEZ RIVERA
EN CUMPLIMIENTO CON LOS REQUISITOS
DEL CURSO PA202 PRE-PRÁCTICA

POR

YOLANDA I. TORRES SANTIAGO

SAINT JUST

OCTUBRE 2025

Introducción

La formación ministerial es un proceso que integra el conocimiento teórico con la praxis concreta de la iglesia. La etapa de pre práctica, centrada en la observación, representa un puente fundamental entre el aula y el campo misionero. Durante este período, tuve la oportunidad de ser testigo del quehacer ministerial en diversas áreas: el estudio bíblico, la liturgia, la homilética y el evangelismo. Esta experiencia no fue meramente pasiva; fue un ejercicio de inmersión que permitió confrontar las ideas aprendidas con la realidad, a menudo compleja y multifacética, de la vida congregacional. Este ensayo tiene como objetivo reflexionar sobre dicha experiencia, estructurando la reflexión en torno a los logros obtenidos, las experiencias más significativas (tanto positivas como negativas), la afirmación del llamado ministerial personal y la proyección de estas observaciones hacia el futuro desempeño. La tesis que guía esta reflexión es que la observación deliberada y crítica sirvió como un catalizador esencial para el desarrollo de una identidad ministerial más madura, integrada y práctica.

Logros Importantes a Través de la Observación

El primer y más significativo logro fue la integración tangible de la teoría y la práctica. En las aulas, conceptos como la hermenéutica, los principios litúrgicos o los modelos de comunicación del evangelio pueden permanecer como abstracciones. Observar a un líder de estudio bíblico aplicar principios de interpretación contextual para guiar a un grupo hacia una aplicación personal, o ver cómo la estructura litúrgica no es un mero programa sino un marco que conduce a una experiencia de lo sagrado, dotó de vida a estos conceptos. Como señala Richard R. Osmer, el quehacer teológico práctico requiere una "comprensión sagaz" de la situación concreta, un diálogo constante entre la tradición cristiana

y el contexto inmediato. La pre-práctica fue un ejercicio sostenido en esta "comprensión sagaz".

En segundo lugar, desarrollé una apreciación profunda por la diversidad de dones en el cuerpo de Cristo. Pude ver de primera mano cómo el ministerio eficaz es un esfuerzo coral, no uno solo. La meticulosidad del coordinador de liturgia, la pasión y empatía del evangelista, la profundidad teológica del predicador y la paciencia del maestro se complementaban para edificar a la comunidad. Esta observación fue un correctivo necesario contra cualquier tentación de pensar que un solo ministerio es más importante que otro. Confirmó la verdad paulina de que el cuerpo tiene muchos miembros, cada uno con una función esencial (1 Corintios 12:12-27).

Finalmente, cultivé un ojo crítico, pero matizado por la gracia. Aprendí a analizar no para condenar, sino para discernir y aprender. Observar una homilía que no conectaba con la audiencia me llevó a preguntarme sobre la preparación, el uso del lenguaje y la conexión con las necesidades de la congregación. Ver una liturgia que se sentía mecánica me enseñó la importancia de la intencionalidad y la participación. Este logro es fundamental para el crecimiento continuo, ya que permite aprender tanto de los aciertos como de los errores propios y ajenos con humildad y un espíritu constructivo.

Experiencias Observadas: Llamadas de Atención Positivas y Negativas

Entre las experiencias positivas que más impactaron, destaco dos. En el área de la homilética, un sermón sobre la compasión de Cristo en el Evangelio de Marcos, predicado por el pastor González, fue paradigmático. No se limitó a explicar el texto; utilizó una narrativa personal auténtica y vulnerable sobre un encuentro con una persona en situación de calle, que ilustraba perfectamente la tentación de pasar de largo y la gracia de detenerse. La predicación narrativa, como sugiere Thomas G. Long, tiene el poder de "encarnar la verdad

del texto en la experiencia humana contemporánea". Esa homilía no fue un discurso, fue un evento que movilizó a la congregación no sólo al sentimiento, sino a la acción concreta.

En el ámbito del evangelismo, una salida al parque central con un equipo de la iglesia fue igualmente iluminadora. En lugar de un enfoque confrontacional, observé a una de las miembros, Laura, entablar conversaciones partiendo de la escucha. Preguntaba a las personas sobre sus vidas, sus preocupaciones, y desde allí construía un puente para compartir su fe de manera natural y respetuosa. Esta experiencia encarnó el principio de "ganar" a las personas más que de "vencer" en un debate, mostrando que el evangelismo efectivo a menudo se parece más a la siembra paciente que a la cosecha apresurada.

Por otro lado, también hubo experiencias negativas que, no obstante, ofrecieron lecciones valiosas. En un estudio bíblico sobre las cartas paulinas, el líder, un hermano con mucho conocimiento, tendía a monopolizar la conversación. Respondía sus propias preguntas con rapidez, dejando poco espacio para la reflexión grupal o el disenso. El resultado fue una sesión que se asemejaba más a una clase magistral que a un espacio de descubrimiento comunitario. La lección fue clara: la facilitación de un estudio bíblico requiere la humildad de guiar sin dominar, creando un ambiente donde el Espíritu Santo pueda hablar a través de todos los participantes.

En liturgia, un servicio dominical en particular se sintió apresurado y mecánico. Los cantos, las oraciones y la lectura bíblica parecían ser ítems de una lista que debían cumplirse, sin pausas para la reflexión o la adoración espontánea. Como argumenta Robert Webber, la adoración es un drama que narra la historia de la salvación, y cada elemento debe contribuir a involucrar al pueblo en esa narrativa. Aquel servicio, al sentirse rutinario, falló en facilitar un encuentro profundo con Dios. Esta observación me recordó la crucial importancia de la intencionalidad detrás de cada acto litúrgico.

Afirmación del Llamado Ministerial

Después de este proceso de observación reflexiva, mi llamado ministerial se ha reafirmado con mayor claridad en el área de la homilética y el estudio bíblico. Mientras valoraba profundamente la belleza del orden litúrgico y admiraba la valentía del evangelismo proactivo, fue en el momento de la proclamación y la enseñanza de la Palabra donde mi corazón resonó con más fuerza. Ver los rostros de las personas durante el sermón del pastor González, captando un nuevo matiz del carácter de Dios, o presenciar el momento "¡ajá!" en un participante de un estudio bíblico bien conducido, encendió en mí un deseo profundo de dedicarme a ser un heraldo e intérprete de las Escrituras.

Esta área combina mi pasión por el estudio teológico riguroso con el anhelo de comunicar la relevancia transformadora del evangelio de una manera accesible y convincente. No se trata simplemente de transmitir información, sino de facilitar un encuentro con Cristo a través de Su Palabra. Esta confirmación no menosprecia otras áreas; por el contrario, un pastor debe ser un generalista competente. Sin embargo, define el énfasis central y el carisma específico que siento Dios ha puesto en mi vida para la edificación de su iglesia.

Proyección hacia el Futuro Ministerial

Las observaciones realizadas durante la pre-práctica no son solo recuerdos, sino herramientas que moldearán mi futuro desempeño. En primer lugar, me han dotado de herramientas prácticas concretas. He internalizado la necesidad de una preparación homilética esmerada, que combine la exégesis rigurosa con una creatividad pastoral que conecte con la vida de las personas. En el estudio bíblico, priorizaré el modelo de facilitación que fomenta la participación y el descubrimiento comunitario sobre el monólogo instructivo.

En segundo lugar, han forjado en mí una actitud ministerial específica. Serviré con la convicción de que el ministerio es un trabajo en equipo, celebrando y delegando en los dones

de otros. Además, mantendré un espíritu de aprendizaje permanente, sabiendo que la crítica constructiva (tanto la que ejerzo sobre mi práctica como la que recibo de otros) es un don para el crecimiento. La gracia observada en Laura al evangelizar y la autenticidad del pastor González serán modelos a emular, recordando que el ministerio se ejerce desde la vulnerabilidad y la humanidad compartida, no desde un pedestal de superioridad.

Conclusión

La pre-práctica de observación sirvió como un crisol donde mis conocimientos académicos se fundieron con la realidad vivida de la iglesia, produciendo una comprensión más sólida y matizada del ministerio. Los logros de integrar teoría y práctica, apreciar la diversidad de dones y desarrollar una mirada crítica-graciosa, son cimientos sobre los cuales puedo construir. Las experiencias, tanto las que inspiraron como las que alertaron, funcionan ahora como un banco de memoria rico en lecciones prácticas. Por encima de todo, esta experiencia ha clarificado y afirmado mi llamado hacia la proclamación y la enseñanza de la Palabra. Al embarcarme en el futuro ministerial, lo hago no con una ingenuidad idealista, sino con una confianza humilde, armado con las lecciones indelebles de haber visto, escuchado y reflexionado sobre el bello y desafiante arte de servir al pueblo de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Long, Thomas G. The Witness of Preaching. 2.^a ed. Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2005.

Osmer, Richard R. Practical Theology: An Introduction. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2008.

Webber, Robert. Worship Old and New. Rev. ed. Grand Rapids, MI: Zondervan, 1994.